

---

---

## El camello en el Perú

---

A pesar de su enorme extensión territorial, el nuevo mundo descubierto por Colón, carecía de bestias de silla y de carga para las facilidades del tráfico antes de la venida de los españoles, y tanto en su gentilidad como después de la conquista, fueron los propios naturales los que hacían el oficio de acémilas de carga, pese a las numerosas disposiciones de la Corona prohibiéndolo y castigando a los infractores de las reales órdenes. Es cierto que en el Perú teníamos el *llama*, pero su uso no estuvo extendido a todo el territorio del imperio, ni la resistencia física de este camélido—pues sólo soportaba limitado peso de carga—le hacía comparable al elefante, el caballo, el camello, el dromedario, la cebra y el asno, propios de otros continentes. Además, con la conquista y los excesos de los conquistadores, disminuyó enormemente la raza, pues los españoles la destruyeron despiadadamente. En la acre censura que hace de los hechos de los conquistadores Pedro de Quiroga en su libro *Coloquios de la verdad*, que compuso hacia 1555 o 1560, condena la innecesaria destrucción que los peninsulares hicieron del llama, que bautizaron con el nombre de “carneros de la tierra”, para distinguirlos de los “carneros de Castilla” importados al Perú a raíz de la conquista. En el diálogo entre el indio Tito y el peninsular Barchilón, aquél dice: “Ya sabes, pues que lo viste al tiempo que esta tierra ganastes (que mejor diría que

la perdistes y destruistes), que número infinito hallastes de ovejas de las de esta tierra, que son tan provechoso ganado qual no se ha visto mejor en todo lo que del mundo se sabe, ni que más crecido ni provechoso esquilmo de, ni tan preciosa carne y lana como la suya, que sin lástima lo destruistes; a lancadas y cuchilladas andavades tras ellos, como si no fuera vuestro o como si fueran animales nocivos y campestres, y tal mortandad hicistes en ello que no se podía sufrir el mal olor en los pueblos y campos por donde andavades. ¿Pues qué gente hiciera tal desvarío? O si entendierades lo que los indios decían de vosotros y de vuestro desatino: “Trahido nos han nuestros dioses en las manos de gente sin juicio y vendino nos han en poder de locos”. bien habréis caído en vuestro error pues apocastes y distes cabo a cosa tan necesaria a vosotros y a nosotros, que habiendo tantas ovejas destas que cobrian los campos con su multitud se hallan agora tan a deseo que nos matais porque os demos lo que vosotros matastes”.....

No ha faltado, sin embargo, quienes sostengan la existencia en América, en tiempos prehistóricos, del caballo y del camello, muy particularmente los atlantistas como argumento para sostener que existió la Atlántida y que sirvió de puente para el paso de Africa a América, de negros y de las especies zoológicas arriba mencionadas. A ese número de escritores pertenecen Ignacio Donelly (*Atlantis: The antediluvian World*), W. Elliot-Scott (*History of the Atlantes*) y Manzi (*Le livre de l'Atlantide*) quienes afirman que restos fósiles de camellos se han encontrado en la india, en Africa, en América del Norte (Kansas) y América del Sur. Según Manzi, “l'Amérique a été le berceau du cheval, de l'elephant et du chameau.... Toutes ces espèces se recontrent a l'etat fossile dans les terres américaines.....”. Pero el estado fosilizado de las osamentas de esos animales indicaría, a haber existido aquí, que dichas especies se extinguieron en América cuando menos en el Mioceno o Plioceno, y que cuando arribaron al continente los primeros descubridores con Colón, ya no había ni memoria de ellas entre los naturales, salvo un caso, carente de comprobación científica,

que es el siguiente: En la hoy república de Colombia, como en otros países del Nuevo Mundo, encontraron los primeros españoles que a él arribaron, la tradición de la aparición de un predicador, a quien hásele antojado a muchos cronistas creer que fué nada menos que el Apóstol Santo Tomás. Hablando fray Pedro Simón en la *Primera Parte de las Noticias Historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales Cuenca*, 1626, Cuarta noticia, capítulo tercero, del uso de la cruz y otros signos que creían huellas del cristianismo, cuenta la llegada de un predicador, *en camello*. Según relataban los indios, el misterioso personaje a quien unos llamaban Nemtere quetebe y otros Xué, había llegado “veinte edades—dice el historiador—y cuenta en cada edad setenta años, un hombre no conocido de nadie, ya mayor en años y cargado de lanas; el cabello y barba larga hasta la cintura, cogida la cabellera con una cinta, de quien ellos tomaron el traer con otra cogidos los cabellos como los traen, y el dejarles crecer: andaba los pies por el suelo sin ningún calzado; una alma galafa, o manta puesta con un nudo hecho de las dos puntas sobre el hombro derecho, y por vestido una túnica sin cuello hasta las pantorrillas, a cuya imitación andan también ellos descalzos y con este modo de vestido...” “Dicen que vino por la parte del Este, que son los llanos que llaman continuados de Venezuela, y entró a este Reyno por el pueblo de Pasca, al Sur de esta ciudad de Santafé, por donde ya dijimos había también entrado con su gente Nicolás de Fredman. Desde allí vino al pueblo de Bosa, donde se le murió un camello que traía, cuyos huesos procuraron conservar los naturales, pues aun hallaron algunos los españoles en aquel pueblo cuando entraron, entre los cuales dicen que fué la costilla que adoraban en la lagunilla llamada Baracia los indios de Bosa, y Suacha”.

En recientes exploraciones en los alrededores de México, el Profesor Guillermo Gándara ha descubierto en los *tlateteles* (lo que nosotros llamamos huacas) varios objetos de cerámica nahua, incluyendo cabecitas de oso, lobo, serpiente, iguana, tigre, leopardo, venado, armadillo, & “pero—dice las siguientes,

y que tengo el honor de presentar a esta Sociedad (Academia Nacional de Ciencias “Antonio Alzate”) por si ofrecen otros estudios de arqueología, o de historia, acerca de ellas, son de caballo, de llama, de *camello*, de hipopótamo, y de un animal parecido al plesiosáurio restaurado y que por fin no se ha logrado identificar”. Esto último sería sencillamente portentoso, porque sabido es que el *itchyosauro*, el *pterodactylo*, el *iguana-don*, el *dinosaurio*, el *plesiosauro* y otros monstruos de esa especie existieron y desaparecieron en el Jurásico y en el Cretáceo, y de ser la cabeza hallada por el Profesor Gándara genuina, habría que convenir en que para reproducir el animal, el hombre vivió contemporáneamente con él en el período secundario, absurdo de marca mayor; o que el saurio existió en México hasta bien entrado el Cuaternario, lo que está en completa contradicción con la ciencia. Afirma el citado Profesor que ha consultado los objetos con varios arqueólogos y que todos opinan que son *precortesianos*—esto es precolombinos; pero, pese a tan sabias opiniones, nosotros creemos lo contrario, basándonos en que el llama fué llevado a México por los españoles; pudiendo muy bien suceder que esas cabecitas de camello hayan sido obra de los primeros africanos llevados por los españoles al país de Moctesuma, añorando a sus compañeros de selva.

De los antiguos cronistas del Perú, sólo uno habla de la existencia del camello en tierras de los Incas, y ese cronista es López de Gómara, quien dice que terminada la rebelión de D. Diego de Almagro el Mozo, el Gobernador Vaca de Castro envió a Mullubamba “tierra comenzada a conquistar, y rica en minas de oro, a Juan Pérez de Guevara. Anda la gente—añade el cronista—casi desnuda, vsan Arco, comen carne Humana, y dicen que cerca de allí acia el norte, *ai camellos*..... “(*Hist. General*, Anvers, 1554).

La falta de bestias de silla en América obligó a los conquistadores a traer con ellos caballos y a hacer de estos, compañeros inseparables en sus andanzas. En otra ocasión hemos dicho (*Negros y caballos*): No podían prescindir los castellanos al acometer empresas de la magnitud del descubrimiento y sub-

yugamiento de países tan dilatados, de animal tan útil al hombre como el caballo, y, por ende, pusieron especial cuidado en su importación y reproducción en las tierras que iban conquistando. Es indudable que las dificultades de la conquista habrían sido mucho mayores si los conquistadores no hubieran encontrado poderoso auxiliar en tan noble bruto. Creían los sencillos americanos, cuando veían por primera vez a los españoles montados que jinete y caballo eran una sola cosa—verdaderos centauros—y nada causaba en ellos tanto espanto, ni el estampido del cañón, ni el traqueo de la arcabucería, como la impetuosa arremetida de la caballería. Veían crecer en proporciones gigantescas, a medida que se acercaba a ellos, ese sér que creían sobrenatural, haciendo temblar la tierra por la vertiginosa carrera a que los excitaba el hierro del acicate y las nerviosas contracciones musculares del jinete, con las fauces dilatadas, rutilaciones de fuego en las pupilas, brotando sangre los hocicos maltratados por la dureza del hierro de la enfrenadura, lo que les hacía creer que eran sanguinolentos residuos de hombres que habían devorado. Entonces, presa del pavor, se daban los indios a la más desesperada fuga para caer inermes bajo el insaciable acero del conquistador. . . . .

En las capitulaciones pactadas por Pizarro con la Reina doña Juana, obtuvo el futuro marqués permiso para tomar en Jamaica veinticinco caballos y veinticinco yeguas de los pertenecientes a la Corona, número que aumentó considerablemente en Panamá al organizar la expedición que trajo a Tumbez para la conquista del Perú.

Durante los primeros años de la conquista era abundante el número de caballos que había en el país, y su precio fluctuaba alrededor de seiscientos pesos; pero más tarde, a consecuencia de las guerras civiles entre los conquistadores, se dejó sentir de notable manera su escasez y su precio se elevó—dice el cronista Herrera—a tres, y cuatro mil pesos, y más. Fué entonces que se pensó en buscarle si no un sustituto, por lo menos un auxiliar, y se acudió a la traída de camellos al Perú. Parece que los primeros de estos rumiantes importados, los trajo, o hizo

traer, el Capitán don Juan de la Rinaga Salazar, y constaba la recua de un macho y seis hembras. Debió ocurrir esto allá por el año de 1550. Al año siguiente, un cretense a quien Herrera llama Baltasar de Cariate y Montesinos, Cebrián de Caritate, siendo este último nombre el verdadero, pues el presbítero osunense tuvo a la vista la cédula, obtuvo privilegio por diez años para traer los doble coreovados al Perú. Cuenta Montesinos (1642), que en 23 de Junio de 1552 se pregonó en Lima una real cédula “haciendo merced al cretense Cebrián de Caritate del privilegio de traer camellos por término de diez años, sin que otra persona pudiese entrarlos por este tiempo... por quanto eran muy necesarios para el servicio de la tierra, pues ya no havia en ella servicio personal (de los indios) ni lo avia de aver”; declaración esta última que provocó alteraciones en el Virreinato, cuya narración no entra en la índole de estos apuntes. La vida del camello en el Perú fué efímera; apenas duraron un poco más de sesenta años. Según unos historiadores, multiplicaron abundantemente; según otros, poco; no faltando quien niege la reproducción en absoluto como se verá más adelante, dando para ello diversas razones.

El jesuíta Acosta, que vino al Perú en 1569, tratando “de algunos animales de Europa hallaron los españoles en Indias y cómo hayan pasado” (*Hist. Natural y Moral de las Indias*, Sevilla, 1590, cap. XXXIV) dice que “Camellos algunos, aunque pocos, vi en el Perú llevados de las Canarias, y multiplicados allá, pero cortamente”.

Garcilaso, cuenta que trajo los camellos el Capitán La Rinaga, vasco y de noble estirpe, pero que a poco se los traspasó al extremeño don Pedro Portocarrero, también capitán de las armas del Rey, en la suma de 7,000 pesos, que son—dice el historiador inca—“ocho mil y cuatrocientos ducados”. Agrega que los camellos han multiplicado poco, o nada, Don Pedro Portocarrero dedicó sus africanas acémilas al tráfico, pues según el obispo Lizárraga (1600) el Virrey don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, hizo parte del camino de Trujillo a Lima con ayuda de los coreovados de D. Pedro. “Al

valle de Guatoney, dice el diligente historiador dominicano, que es la mitad del camino, le salió a besarle las manos Don Pedro Portocarrero, vecino del Cuzco, Maestre de campo en la guerra contra Francisco Hernández, el cual fué haciendo la costa al Marqués con todo lo necesario, trayéndole todo en sus camellos y mulas hasta la ciudad de los Reyes”.

Sabido es que el Padre Bernabé Cobo, ilustre historiador jesuíta, vino al Perú en 1599, mozo de 17 años, y que en 1630, fué enviado por sus superiores a la Nueva España. Tuvo, pues, oportunidad de ver camellos en este país, que se extinguieron, según el mismo lo dice, en 1615, y de consignar la noticia en su *Historia del Nuevo Mundo*, en donde hablando de los animales traídos a Indias de otras partes del globo, fuera de España, dice: “Pero acercándome a la materia de este capítulo, digo que se han traído de Africa a esta tierra dos especies de animales, que son, Camellos y cierta clase de Gallinas naturales de Guinea. Los Camellos hizo traer a este reino del Perú, de las Canarias, que son islas adyacentes a la Africa, el capitán Juan de la Reinaga, uno de los primeros pobladores de esta tierra; y puesto caso que los primeros Camellos que aquí llegaron hicieron casta y se multiplicaron mucho, con todo eso, no se extendieron de la tierra, ni salieron de los términos de este arzobispado de Lima; algunos domaron sus dueños para servirse dellos, pero los más se criaron cimarrones y montaraces en las sierras que corren desde esta ciudad hasta el valle de Ica, que vulgarmente llaman en esta tierra Las Lomas, porque luego que hubo copia de caballos y mulas para cargar, no se hizo estimación de los Camellos. Duraron muchos años con gran multiplicidad, hasta que, como por una parte les faltase el amparo, e industria de los hombres, no cuidando nadie de ellos, y por otra, los negros cimarrones los fuesen matando para mantenerse dellos, vinieron en tan gran disminución, que queriendo un vecino de esta ciudad recoger los que quedaban, para que no acabasen y se perdiese la casta, no se hallaron más que dos, y ambas hembras, que se trujeron a esta ciudad, a donde vivieron algunos años, y el de 1615, murió la postrera que quedaba

con que se acabaron los Camellos en este reino, habiendo durado en el más de sesenta años”.

Hasta aquí por lo que toca al ensayo de aclimatación de este rumiante en el Perú, debiendo agregar que idéntico fracaso se obtuvo en otras partes; por ejemplo, en el Brasil, en donde en 1858, se llevaron varias parejas de Africa a la provincia de Ceará no lográndose su reproducción lo que los naturalistas atribuyen a varias circunstancias, así Pauw (*Recherches Philosophiques sur les Americains ou Memoires pour servir a l'Histoire de l'Espèce humaine*, Berlín, 1768) dice: “De todos los cuadrúpedos llevados a América los que menos han aumentado han sido los camellos. A principios del siglo XVI (sic) se llevaron algunos de Africa al Perú, donde el frío les desconcertó los órganos destinados a la reproducción y no dejaron posteridad, Clavigero (*Historia Antigua de Méjico*, Londres, 1826, T. II), refuta la opinión de Pauw, culpando del fracaso a los que quisieron aclimatar a dichos animales en regiones poco análogas a su naturaleza, y no a la inclemencia del clima de América, como lo hace aquel autor.

Idéntica cosa sucedió con el llama peruano, transportado a lejanos países, donde no se logró su reproducción. Los españoles lo llevaron a México y Filipinas, pero como sucedió con el camello en el Perú, no se aclimató dicho cuadrúpedo en ninguna de las dos partes; aunque Hernández (*Quatro Libros de la Naturaleza, y virtudes de las plantas, y animales que están receuidos en uso en Medicina en la Nveva España*, México 1615) lo consigna en su libro, da su dibujo y le asigna el nombre mexicano de *Pelonichcatl*, anotando que es especie llevada del Perú.

Buffón dice que se ha intentado inútilmente multiplicar los camellos en España; los han transportado en vano a América, “En ninguno de estos países, añade, han probado bien, y aun en la India Oriental no se hallan más allá de Ormuz y de Surate. No es esto decir que, absolutamente hablando no puedan subsistir y producir en España, en la India y en América, y aun en climas más fríos, como Francia, Alemania, & teniéndolos por invierno en establos calientes, alimentándolos con es-

mero, tratándolos con cuidado, no haciéndolos trabajar, no dejándolos salir sino en los días templados para pasear se puede lograr que vivan, y aun esperar que procee, pero sus crías son débiles y lánguidas. Pierden, pues todo valor en estos climas y en vez de ser útiles, son muy gravosos a los que los mantienen. . .” El gran naturalista olvidó recomendar que los hiciesen dormir en colchones de plumas y los abrigasen con colchas de vicuña a estos dichosos animalitos. ’

Brehm dá una explicación más razonable sobre el por qué no se aclimató el camello en América: “En los trópicos, dice, donde la vegetación adquiere completamente el tipo de la América del sur, no se conserva ya bien el camello, e inútilmente se ha tratado de aclimatarlo en el corazón de Africa. Hasta el 12° (de latitud) se conserva bien; pero más hacia el sur, se debilita; más lejos, sucumbe, por abundante que sea su alimento y sin causa conocida. Los árabes, atribuyen el hecho a la presencia de una mosca, pero es un error: el camello no resiste un clima húmedo, ni tampoco le gusta las montañas, aunque se le podría utilizar en ellas perfectamente”.

Y es quizá por esta causa que la vida de los camellos traídos a Lima para *los ensayos* de parque zoológico en los jardines de la Exposición, ha sido siempre de muy corta duración.

**Carlos A. Romero.**

---